

Plaza pública

► Elecciones en Baja California

► Lo que está a prueba

Miguel Angel Granados Chapa

Mañana domingo se efectuarán elecciones en Baja California. Se renuevan la gubernatura del estado, la legislatura local y los ayuntamientos en los cuatro municipios de la entidad. Se trata de un acontecimiento político de capital importancia, al punto de que el gobierno federal, con el Presidente de la República a la cabeza, han experimentado la necesidad de participar directamente en la campaña, con el visible objetivo de fortalecer las posibilidades de triunfo del partido gubernamental.

La presencia de la oposición, fuerte de suyo en la región norpeninsular, se ha hecho mucho más notoria en esta oportunidad. Es altamente probable que en 1959, cuando contendieron por la gubernatura Eligio Esquivel, del PRI, y Salvador Rosas Magallón, del PAN, el triunfo haya correspondido a éste último, a quien se le reconocieron unos 50 mil votos. Más tarde, en 1968, las elecciones municipales en Tijuana y Mexicali, los municipios más poblados y de mayor importancia, fueron declaradas nulas, con toda evidencia para no dar la *victoria* a la oposición panista. Ciertamente que en las dos ocasiones estuvieron presentes factores particulares: Rosas Magallón era un candidato con arraigo en la población marginal de las ciudades fronterizas, mientras que Esquivel tenía vínculos con los agricultores, principalmente, lo que estableció un fuerte contraste por lo menos en lo que hace a demostraciones de fuerza, por efecto de la concentración urbana; y en la segunda oportunidad, los candidatos panistas eran en realidad priístas desechados que plantearon de ese modo un conflicto interno.

Hoy esas características están ausentes, pero se presentan otras de mayor importancia. La crisis y su abordamiento, como bien se sabe, repercutieron con singular impacto en la frontera norte, y no en favor del gobierno en general, al que se reputa como central o único provocador de la crisis. El triunfo panista en Ciudad Juárez tiene ese fenómeno, entre otros, como una de sus principales explicaciones. La satanización que con buenas y malas razones se ha practicado contra López Portillo alcanza de modo muy directo a su cercanísimo amigo Roberto de Lamadrid, que además hizo su propia, abundante e inequívoca aportación desprestigiante al régimen, por su desgobierno. Se observa, además, un bien definido plan, con auspicios diversos, inclusive en ambientes gubernamentales, para fortalecer la participación panista en niveles locales de gobierno. Por ello, si de por sí el PAN tendría fuerza, ella es mayor si cuenta con la aquiescencia de varios sectores de la administración local y federal.

Ello no quita, sin embargo, que se generen contradicciones que no son meramente escenográficas, pues la contienda no es una pelea arreglada respecto de todos los puntos y todos los participantes, ni mucho menos. Por eso, el PAN, el PSUM y el PRT han advertido respecto de medidas sospechosas instrumentadas por la comisión local electoral, que acaso tienen fundamento práctico (por ejemplo tendentes a evitar la aglomeración de demasiados representantes en las casillas) pero que atentan contra el necesario proceso de vigilancia electoral que mientras más riguroso sea mayores seguridades ofrecerá.

Los dos candidatos principales a la gubernatura son Xicoténcatl Leyva, por el PRI, y Héctor Terán (homónimo de un ex diputado priísta michoacano, que fue también subprocurador del DF), por el PAN. A pesar de todo, es seguro que ganará Leyva, pero no se descarta en cambio el triunfo panista en diputaciones y algún municipio. Apenas será perceptible, sin embargo, la diferencia que eso produzca en el gobierno, pues hay una asombrosa simbiosis en los dos partidos mayores en Baja California.

El resto de los partidos, todos presentes en la lucha electoral, apenas cuentan numéricamente, y salvo el PSUM y el PRT, los demás están del lado del PRI incluso en apoyo a disposiciones que facilitarían el fraude si se llega a cometer, como autorizar a que se vote sin credencial.